

Espero que tú sabrás ganar tus placeres y por consiguiente que te serán muy gustosos. Yo conozco muchos sujetos que se tienen por secuaces del placer y que en realidad no gustan ninguno, porque adoptan indiferentemente placeres ajenos sin deleite para sí mismos; y los he visto entregarse á excesos que en su opinión eran agradables, aunque les convenían tanto como si se hubiesen puesto los vestidos de otro. No tengas más placeres que los tuyos propios, y de este modo lucirás en ellos. En los placeres, así como en los negocios, hay cierta dignidad que siempre debe guardarse. Un hombre puede perder honrosamente su corazón en amor; pero si pierde su nariz pierde al mismo tiempo su reputación. Otro puede tener en la mesa un paladar exquisito; pero una voracidad sin discernimiento ni medida, lo lleva al degradante vicio de la glotonería. Otro puede sin desdoro entretenerse en un juego de pasatiempo; pero desde el instante que su pecho abraza el inmoderado interés de un taurín, y se conduce como en un garito, se echa encima un borrón. La vivacidad y el ingenio harán lucir á un hombre en la sociedad; pero la risa estrepitosa y las burlas triviales lo hacen pasar por chocarrero. Se dice que cada virtud tiene su vicio de afinidad, y tú debes conocer que también cada placer está cerca de un exceso oprobioso. Marca pues, con el mayor cuidado la línea divisoria, y tente algunos pasos más acá antes que pasar una pulgada del lado opuesto.

¡Quiera el cielo que al seguir mis consejos disfrutes el mismo placer que yo al dártelos! y como nada de lo que te recomiendo se opone á tus placeres, fácil te será seguir la línea de conducta que te trazo, movido únicamente por tu propio interés; confía en mi experiencia como sabes puedes hacerlo en mi afecto. Tuyo.

LONDRES, 8 de Febrero de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Sin duda que tus progresos en el italiano son ya muy considerables para que puedas leer sin tropiezo las obras fáciles que en este, como en cualquiera otro idioma, son siempre las mejores; porque todo autor que es obscuro no tiene ciertamente ideas claras. Este es á mi parecer el caso de un célebre autor italiano á quien el entusiasmo de sus compatriotas ha aplicado el epíteto

de *divino*: quiero hablar del Dante. Aunque en tiempos pasados supe yo el italiano muy bien, nunca pude entender á este autor, por cuyo motivo lo abandoné completamente, convencido de que no valía la pena que era necesario tomarse para entenderlo.

Los buenos autores italianos son en mi concepto muy pocos; esto es, autores de invención, porque hay indudablemente buenos historiadores y excelentes traductores.

Los dos poetas dignos de tu lectura, é iba yo á decir los únicos, son el Tasso y el Ariosto. La *Gierusalemme liberata* del primero, es sin duda un hermoso poema, aunque hay en él pensamientos bajos y falsos: y con razón dice Boileau que sólo un gusto malo puede comparar el oropel del Tasso con el oro de Virgilio (a). La imagen con que adorna la introducción de su poema es repugnante (*disgusting*), porque nos representa á un niño indócil, pálido y enfermo á quien se engaña ministrándole una dosis de medicina azucarada. Los versos son éstos:

*Così all'egro fanciul porgiamo aspersi
Di soavi licor gli orli del vaso,
Succhi amari ingannato intanto ei beve
E dall'inganno suo vita riceve.*

No obstante, este poema con todos sus defectos puede contarse entre los más hermosos.

Si la fantasía, las descripciones brillantes y el genio inventivo constituyen á un poeta, Ariosto es sin duda uno de los más grandes. Cierto es que su *Orlando* es una mezcla de falso y verdadero, de sagrado y de profano, guerras, amores, encantos, héroes locos, y damiselas aventuradas; pero francamente nos dice cuál es la naturaleza de su obra y no pretende hacerla pasar por poema épico. Dice:

(a) Tous les jours à la cour un sot de qualité
Peut juger de travers avec impunité;
A Malherbe, à Racan, préférer Théophile,
Et le clinquant du Tasse à tout l'or de Virgile.

Este juicio de Boileau fué y es considerado generalmente no sólo como riguroso, sino también como injusto.

Voltaire en una poesia dirigida al mismo Boileau le dice:

.....
Et si ton goût sévère a pu désapprouver
Du brillant Torquato le séduisant ouvrage,
Entre Homère et Virgile il aura mon hommage. Tr.

*Le donne, i cavalier, l'arme, gli amori,
Le cortesie, l'audaci imprese, io canto.*

Las transiciones de sus historias son admirables, sus reflexiones justas, su burla é ironías excelentes y sus pinturas incomparables. Cuando Angélica, después de haber recorrido medio mundo, sola con Orlando, pretende sin embargo :

*. . . . ch' el fior virginal cosi avea salvo,
Come selo portò dal matern' alvo.*

El autor agrega con mucha grevedad :

*Forse era ver, ma non però credibile
A chi del senso suo fosse signore.*

La aventura de Astolfo transportado á la luna por San Juan, con el fin de buscar el juicio que Orlando había perdido, y muchas otras cosas perdidas que allí encuentra, es una extravagancia de lo más feliz, y encierra al mismo tiempo mucho sentido. Te recomiendo que leas atentamente este poema, que es el origen de la mitad de las novelas, cuentos y comedias que después se han escrito.

El *Pastor Fido* de Guarini es tan célebre que debes leerlo, poniendo sumo cuidado en la gran naturalidad de los caracteres. Unos cuantos pastores y pastoras con una *simplicidad verdaderamente pastoril*, hablan metafísica, lanzan epigramas, profieren *concelli* y juegan con las palabras.

El *Aminta* del Tasso es mucho más que una pastoral ; los pastores tienen también sus *concelli* y sus antitesís, pero no tan sublimes ni tan abstractos como los del *Pastor Fido*. Creo que te gustará mucho la parte selecta de ambos.

El *Petrarca* es, en mi concepto, un cantor enfadoso, siempre malo de amor, y no obstante, sus compatriotas lo admiran mucho ; pero cualquiera de ellos que no lo juzgase mejor que yo, diría seguramente que mereció más bien su *Laura* que su *lauro*, y este miserable juego de palabras pasaría por un excelente rasgo de ingenio italiano.

Los escritores prosaicos (hablo de los originales) que te recomiendo, son Maquiavelo y Bocacio : el primero por la gran reputación que tiene de político consumado (a) ; el segundo por su

(a) Un escritor anónimo dice que las obras de Maquiavelo son el bre-

grande invención y la manera natural y agradable de referir sus historias.

Guicciardini, *Bentivoglio*, *Davila*, son excelentes historiadores y merecen ser leídos con atención (a). La naturaleza de la historia corta un poco el vuelo á la imaginación italiana, que en obras de invención suele en verdad remontarse demasiado. Las traducciones la refrenan aún más, y por esto las versiones italianas de los clásicos son incomparables, particularmente las que se hicieron en vida de León X y que le fueron dedicadas bajo el título de *Collana*. Esta colección se ha aumentado después, y si no me engaño se compone actualmente de ciento y tantos volúmenes.

Por lo que llevo dicho fácilmente conocerás que he tratado de precaucionarte, é impedir que tu imaginación se deslumbre ni se corrompa tu gusto con los *concelli*, los refinamientos y las falsas ideas que son tan comunes en los autores italianos y españoles. Creo que no corres ningún riesgo sobre este particular, porque tu gusto se ha formado con la lectura de los autores selectos que florecieron en las mejores edades de Grecia y Roma, que no incurrieron en las puerilidades de que he hablado. Creo poder decir con fiadamento que Francia é Inglaterra han monopolizado en el día el verdadero ingenio, el gusto sano, y el buen sentido ; porque temo que los alemanes no alcancen estas cosas y que los italianos las pasen de muy lejos. Si no me engaño, los primeros se arrastran un poco, y estoy seguro de que los últimos se elevan muy á menudo hasta perderse de vista.

En justicia debe decirse que los mejores autores ingleses y franceses no han caído en aquel falso gusto, y que no admiten como bueno ningún pensamiento que no sea exacto y fundado en la verdad. El siglo de Luis XIV fué muy parecido al de Augusto. Boileau, Molière, La Fontaine, Racine etc. establecieron el gusto verdadero y condenaron el falso. El reinado de Carlos II, á falta de otro mérito, desterró de Inglaterra el falso gusto y proscribió los equívocos, los retruécanos, los acrósticos etc. Desde entonces el gusto falso ha renovado sus ataques y esforzándose para recobrar, tanto aquí como en Francia, su imperio perdido, pero en vano ;

viario de los tiranos que quieren oprimir á los pueblos, y de los pueblos que quieren resistir á los tiranos.

(a) Denina, Botta, Guinguené, Sismondi, etc., han enriquecido el catálogo de los historiadores italianos.

aunque debo decir que estos ataques han abierto más brecha en Francia que en Inglaterra, en donde Addison, Pope y Swift han defendido vigorosamente los derechos del buen gusto, cosa que no puede decirse de los autores franceses sus contemporáneos, quienes han manifestado últimamente mucha tendencia al falso brillo, al refinamiento y al embolismo, y Lord Roscommon podría tener ahora más razón de la que le asistió cuando dijo :

*The English bullion of one sterling line,
Drawn to French wire, would through whole pages shine (a).*

Te pido encarecidamente, mi amado hijo, que no pierdas un solo instante; forma tu gusto, tus maneras, tu espíritu y todo cuanto bueno dependiere de ti. Para ello sólo te quedan dos años, porque en general, á los veinte se adquiere cierto grado de prendas más allá del cual no pasa uno en toda su vida. ¡ Ojalá que la tuya sea larga y feliz ! Á Dios.

LONDRES, 22 de Febrero de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Si la carta que has escrito en italiano á Lady Chesterfield es sólo obra tuya, estoy muy satisfecho de los progresos que has hecho en este idioma en tan corto tiempo, y á este paso pronto llegarás á poseerlo perfectamente. Me figuro que sólo en la embajada de Francia oirás hablar francés, porque los italianos lo hablan poco y muy mal. Los franceses por su parte hablan mal el italiano, y en mi vida he conocido uno solo que pronunciase bien las sílabas italianas *ce, ci, ó ge, gi*. Tu deseo de mostrarte civil con las damas romanas te sugerirá los medios de hablarles con elegancia. Se me ha dicho que la princesa Borghese habla mal y de mala gana el francés, de modo que tu aplicación á su idioma podría recomendarte á los ojos de esta dama, que, por una especie de prescripción más larga de lo que ella misma desearía, se halla á la cabeza del mundo elegante de Roma, y por consiguiente quede establecer ó destruir la reputación de un joven. Si

(a) Si el oro de un verso inglés
Se pasara por hileras,
Oropel fuera francés,
Que llenara hojas enteras.

Tr.

ella lo declara *amabile y leggiadro*, los otros le tendrán por tal, ó á lo menos, aquellos que no lo piensen así, no se atravesarán á decirlo. En todas las ciudades considerables hay algunas mujeres de esta especie, cuya categoría, hermosura ó fortuna, las coloca á la cabeza de la moda. Por lo general han sido galantes, pero dentro de ciertos límites, y la experiencia les ha enseñado, así como á sus admiradores, las maneras delicadas, sin la cuales no podrían conservar su dignidad, sino que caerían en desprecio por el galanteo que las ha puesto en boga. Sucede con estas mujeres lo que con los ministros y favoritos en la corte: aquéllas deciden de las modas y de las reputaciones, como éstos de la fortuna y de los empleos. Muestra pues, en todo lugar una atención distinguida á estas soberanas del mundo elegante, porque su pasaporte es una recomendación en todos los reinos de la moda; pero en este caso recuerda que reclaman cumplimientos y consideraciones infinitas; y si te fuere posible debes inferir y anticipar sus pequeños caprichos é inclinaciones, serles útil procurando que te traten de manera familiar, ofreciéndote á desempeñar sus pequeñas comisiones, ayudándolas á hacer los cumplimientos caseros y aparentando que tomas un cordial interés en sus pesares, sus perturbaciones y sus proyectos, porque siempre traen algo entre manos. Una vez que te hallares *ben ficcato* en el *Palazzo Borghese*, muy pronto estarás á la moda en Roma, y por consiguiente adquirirás el desembarazo de maneras que es el punto interesante.

Siento que no haya en Roma un buen maestro de baile para que te ayudase á formar tu exterior y tu porte, que temo no sean todavía los más garbosos del mundo; pero entretanto, espero que observarás el aire y la disposición de aquellos que dan el tono y que los imitarás. El desembarazo, la elegancia y la dignidad, forman el talante de un hombre de condición, lo cual difiere tanto de las posturas y contorsiones afectadas de un petimetre, como de las maneras torpes, negligentes y groseras de un zote.

Muy contento me ha dejado lo que me escribe M. Harte respecto á la distribución de tu tiempo en Roma. Las cinco horas que con él empleas todas las mañanas en estudios sólidos, se hallan colocadas á rédito muy lucrativo y te enriquecerán para todo el resto de tu vida. Por lo que hace á las horas subsecuentes que pasas con tu *cicerone*, como concurren al mismo fin, y hay entre unas y otras una especie de conexión, no las creo mal empleadas; y tus diversiones por la tarde en la buena compañía, son, en su

género, útiles y necesarias en igual grado. Por este medio adquirirás peso y lustre en el mundo, objeto que nunca he perdido de vista en tu educación.

A Dios, amigo mío, has progresos y labra tu dicha.

LONDRES, 8 de Marzo de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Joven como eres espero que ansías por la vida, esto es, que estás deseoso de vivir de manera honrosa al paso que gloriosa para ti y ventajosa para la sociedad, haciendo cosas que merezcan ser escritas, ó escribiendo otras que merezcan ser leídas. Yo te deseo uno y otro; mas debes saber que aquellos que consideran la existencia desde este punto de vista, no deben perder un solo instante en la ociosidad. Los momentos presentes son los únicos de que estamos seguros, y por consecuencia los más preciosos; pero los tuyos, á tu edad, lo son doblemente, porque el crédito, la dignidad y el placer de todos los instantes futuros, dependen de la manera de emplear los presentes.

El uso que ahora haces de tu tiempo me tienen muy satisfecho; ¿pero lo emplearás siempre así? No quiero decir de la misma manera siempre, sino siempre bien, según los cambios de la edad y de las circunstancias. Ahora estudias cinco horas todas las mañanas, y no pretendo ni deseo que hagas lo mismo todo el resto de tu vida. Los negocios y los placeres vendrán á dividirse estas horas; ¿pero querrás entonces emplear en estudios útiles los momentos que te restaren? Si sólo te queda una hora, aprovéchala en vez de estar ocioso. Sin duda que así lo harás mientras conserves á tu lado un consejero como M. Harte. Pero supongamos que los negocios y las circunstancias te separan durante seis ó siete meses de este amigo; dime ingenuamente lo que debo esperar de ti abandonado á tu propia dirección. ¿Puedo estar seguro de que emplearás una parte del día en agregar algo al fondo de conocimientos que él te hubiere dejado? ¿podré esperar que fijes una hora cada semana para arreglar tus negocios y tenerlos bajo aquel método y orden propios de un hombre prudente? Pero sobre todo ¿podré persuadirme de que confinarás tus placeres, sean los que fueren, dentro de los límites de la buena compañía y de la decencia? Placeres como éstos, yo

mismo te los recomiendo, yo mismo los promoveré haciendo los desembolsos que reclamaren; pero no pagaré ni sufriré los placeres vergonzosos de la infima sociedad que degradan al hombre y no merecen llamarse placeres. Confieso que los placeres del gran mundo no son siempre estrictamente filosóficos, y creo que un estoico censuraría mi indulgencia: pero yo no soy todavía estoico aunque he pasado ya de cincuenta y cinco años, y estoy persuadido de que tú lo eres menos á los diez y ocho. Puede suceder que los placeres de la mesa, entre gentes de primera educación, se lleven por accidente hasta el exceso; pero jamás bajan á un estado permanente de glotonería ni de borrachera. La galantería de la gente fina, aunque estrictamente no pueda justificarse, no trae á lo menos señales exteriores de infamia; no corrompe el corazón, no altera la salud, no nos hace perder la nariz ni la reputación, y las maneras quizá mejoran. El juego entre la buena compañía sólo es puro entretenimiento, sin que tenga resabios de lo que pasa en los garitos; por consecuencia, no hay en él pasión, peligro ni vergüenza, y sólo sirve de intermedio á las otras diversiones.

Me atrevo á asegurar que éstos no son sermones de viejo, aunque te hable como amigo viejo; las condiciones que exijo de ti no son severas; y estoy persuadido de que sientes cuán racionales son por mi parte, y cuán ventajosas por la tuya. ¿pero tienes bastante resolución para llenarlas? ¿podrás permanecer firme contra los malos ejemplos y las invitaciones de los prostituidos y de sus infames misioneros? porque yo he conocido muchos jóvenes que se han dejado seducir por una vergüenza mal entendida, que no les daba valor para rehusar nada. Es necesario que te formes esta resolución, y que lo ejecutes con firmeza el día que te faltare la asistencia y la vigilante amistad de tu Mentor. Entretanto, aprovecha á su lado cuanto puedas, agótalo si es posible, transmite á tu alma todo su saber, y roba de esta manera la capa del profeta antes que él mismo desaparezca.

Me parece que estás contento en Roma. ¿Cómo te conduces en esta ciudad? ¿Comprendes el interior de ese gobierno extraordinario? ¿Te ha revelado estos secretos tu conocido el abate Foggini? ¿Has hecho conocimiento con algunos Jesuitas eminentes? No sé yo que haya en el mundo personas más capaces de instruirte, y harías muy bien de invitar á comer todos los días á uno de estos caballeros, lo cual sólo importaría una pequeña menestra ó un *macaroni* de más. Una conversación de tres ó cuatro

horas consecutivas, te valdría mil informaciones útiles, que no podrían obtenerse en visitas cortas; y muchos de ellos no desprecian una comida *gratis*. Siempre que te encuentres con algún hombre sobresaliente en cualquiera ramo de saber, susténtalo y susténtate tú mismo con él, lo cual no sólo te será saludable, sino que adquirirás la reputación de amante del saber y de apreciarlo en otros.

LONDRES, 19 de Marzo de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

No creía yo que el papa actual fuese hombre de tal especie, que mandase construir siete capillitas modernas á costa de un monumento antiguo tan respetable como el *Colliseum*; sin embargo, por malo que sea el gusto de Su Santidad, te encargo que solicites ser presentado á él antes de salir de Roma, y que beses sin titubear su chinela, ó cualquiera otra cosa que reclame la etiqueta de esa corte. Querría que vieses todas estas ceremonias; y supongo que á esta hora conoces el italiano bastante bien para entender al Santo Padre y responderle en su idioma; también espero que habrás adquirido bastante desembarazo y hábito de mundo, para presentarte en cualquiera parte sin encogimiento ni turbación. Si no has llegado aún á la altura requerida en este particular, el ejercicio te elevará diariamente y la costumbre te hará tocar la cúspide. Te decía yo días pasados que las grandes dificultades estaban casi vencidas; has adquirido ya el saber que es el *principium et fons*, pero ahora es necesario prestar atención á una multitud de cosas pequeñas, cuyo conjunto forma un objeto grande é importante. Fácilmente conocerás que me refiero á las gracias, el tino, el aire, la cortesía, en una palabra, todas las prendas de un caballero distinguido: son tantas, que aunque separadamente aparezcan muy insignificantes para detallarlas, forman un todo de la mayor consideración; y además, tratándose de ti no desprecio yo nada. Por ejemplo: ¿sabes ya trinchar diestramente y desempeñar con gracia todo lo que corresponde al servicio de la mesa? ¿estás bastante alerta contra las posturas torpes y los hábitos groseros, como rascarse, meterse los dedos en la boca, en la nariz, ó en los oídos? Estas malas propiedades que se adquieren en la escuela, y que después cuesta trabajo deshacerse de ellas, son verdaderamente nauseabundas; y yo no concibo que

haya derecho para dejar ver un excremento más que otro. ¿Te vistes y atiendes convenientemente al lucimiento de tu persona? Este cuidado es necesario, porque capta los ánimos en tu favor. ¿Aspiras á mostrarte siempre despejado en tus maneras comunicándoles aquel aire respetuoso ó civil, según lo exija la sociedad en que te halles? Todas estas cosas, y mil otras que observarás entre gente distinguida mejor de lo que yo podría explicarlas, son necesarias á todo el mundo, y á ti más que á ningún otro. La parte brillante, estrepitosa y característica de un hombre de mundo, debía ser actualmente (considerando la carrera á que te destinás), el objeto principal de tu atención.

Me figuro que cuando vuelvas aquí, te ocuparás de cosas mejores que ir á casa de M. Osborn en solicitud de libros raros. Compra buenos libros y léelos; los mejores son los más comunes, y las mejores ediciones son siempre las últimas, porque los editores si no han sido tontos, han debido aprovechar de las primeras; pero no te vuelvas muy inteligente en punto á ediciones y títulos, porque esto despide olores de pedantismo y no anuncia siempre la ciencia. Guárdate de la *bibliomanía*.

LONDRES, 29 de Marzo de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Supongo que te hallas actualmente en Nápoles en una nueva escena de *virtu*, examinando todas las curiosidades del Herculano en espera de las erupciones del Vesuvio, y visitando los templos magníficos y los monumentos públicos que han hecho tan famosa á esa ciudad. Para colmo de dicha tienes ahí una corte que espero frecuentarás. Las maneras corteses, la versatilidad de gusto, la complacencia aun respecto de tus mismos enemigos, el *volto sciolto e pensieri stretti*, sólo se aprenden en las cortes, y todo el que quiera brillar y prosperar en ellas, debe hacer de estas cosas un estudio serio. Aunque las cortes no cambian el natural del hombre, suavizan las maneras. Allí la vigilancia, la destreza y la flexibilidad, suplen la fuerza natural, y prevalece, no el cuerpo más vigoroso, sino el alma más capaz.

M. Fogliani y su mujer te mostrarán sin duda toda la cortesía de las cortes, porque yo no conozco personas de una urbanidad más distinguida. Familiarízate en su casa mientras permanece-

cieres en Nápoles, y da de mano á toda la frialdad y formalidad inglesas.

Harías bien, mientras permaneces en Nápoles, de leer alguna corta historia de aquel reino, que ha tenido muchos dueños y sido el foco de muchas guerras. Su historia general te procurará materia para hacer excelentes preguntas que te valdrán respuestas muy útiles.

Cuando me escribas, que por decirlo de paso lo haces rara vez, dime quiénes son las personas, y no las cosas que ves. Infórmame de tus entretenimientos vespertinos; dónde, y cómo pasas la prima noche; quiénes son los ingleses que has encontrado y cuál es su carácter; dime también con qué personas literatas has formado relaciones; porque yo me intereso de un modo particular en todo lo que te concierne personalmente, y este año es el más crítico de tu vida. Para hablar como un *virtuoso*, pienso que tu bosquejo es bueno: *Rafael Harte* ha trazado un diseño admirable, á que sólo falta el colorido del Ticiano y las gracias, la *morbidezza* de Güido; mas esto es mucho y se requiere que lo adquieras pronto ó no lo obtendrás nunca.

Per la lingua italiana sono sicuro ch'ella n'è adesso professore, a segno tale ch'io non ardisca dirle altra cosa in quella lingua se non Addio.

LONDRES, 26 de Abril de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Como se acerca tu viaje á París, período de suma importancia para ti, mis cartas en lo sucesivo serán principalmente calculadas para aquel meridiano. Vivirás allí á tu discreción, y no á la de M. Harte; por lo tanto, permíteme que desconfie un poco de una discreción de diez y ocho años. Encontrarás en la academia muchos jóvenes menos discretos que tú; todos serán tus amigos; pero vive alerta, sobre todo al principio; examina bien sus caracteres antes de formar relaciones con ellos; y, *cæteris paribus*, elige los más recomendables por su clase y familia. Manifiéstales una atención distinguida, por cuyo medio lograrás entrar en sus casas y ver la mejor compañía. Todos estos jóvenes franceses son excesivamente *aturdidos*; cuida pues de evitar los lances y las disputas; no tengas con ellos juegos de manos, que por lo regular producen querellas. Muestra, si quieres, la misma vivacidad que

ellos, pero al mismo tiempo deja ver un poco más de juicio. Por lo que hace á las bellas letras, hallarás que á la mayor parte de ellos falta instrucción; no vayas á echarles en rostro su ignorancia, ni á hacerles sentir tu superioridad; la culpa no es suya, porque todos son educados para el ejército: pero por otra parte, no permitas que su ignorancia y ociosidad, rompan el curso de tus estudios serios por la mañana. No almuerces con ellos porque esto consume una gran parte de tiempo; diles, pero no magistral ni sentenciosamente, que te has propuesto leer dos ó tres horas por la mañana, y que te hallarás muy á su disposición todo el resto del día, aunque espero que frecuentarás por la tarde otras compañías más juiciosas.

Insisto en que no vayas nunca á lo que se llama *Café inglés* en París, porque es el lugar de reunión de todos los ingleses aventureros, y también de los irlandeses y escoceses fugitivos y condenados. Hay allí muchas disputas de partido y contiendas de borrachera; yo no conozco en todo París un lugar que tenga más mala fama. Los cafés y las tabernas no gozan de muy buena reputación en aquella capital. Ten el ojo siempre abierto contra una infinidad de caballeros de industria y de aventureros muy bien vestidos que pululan allí, gentes que por otra parte se presentan muy bien y dejan ver finos modales. Muéstrate civil, pero á distancia, con todos aquellos cuyo carácter y clase te sean desconocidos. M. le *comte*, ó M. le *chevalier*, con un vestido galoneado y muy bien puesto, se acerca á ti en la comedia ó en cualquiera otro lugar público; concibe por ti á primera vista, una estimación infinita, nota que eres extranjero de primera distinción, te ofrece sus servicios, y nada desea con más ardor que contribuir, hasta donde se lo permitan sus pequeñas facultades, á que disfrutes *des agréments de Paris*; te dice que conoce algunas señoras de condición que prefieren *una sociedad agradable, y las cenas amables con gentes decentes, al tumulto y disipación de Paris*, y que con el mayor gusto tendrá el honor de llevarte á casa de ellas. Si aceptas una oferta tan amable y sigues á este hombre, encuentras en el tercer piso una bella dama bien acicalada, con vestido de tela de oro ó de plata empañado y de segunda mano; la hallas jugando ó aparentando que juega seriamente á los naipes ó exponiendo sólo algunos francos con tres ó cuatro tramposos, regularmente vestidos y condecorados con título de marqués, conde ó caballero. La dama te recibe de la manera más cortés y graciosa; te prodiga aquellos cumplimientos